XI domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A
Comentario del evangelio de Monseñor Juan de Dios Hernández Ruiz, SJ, Obispo de Pinar del Río, Cuba

Queridos hijos e hijas, soy Mons. Juan de Dios, y me siento feliz de volver a encontrarnos.

Al escuchar el pasaje de hoy me suscita una invitación a los más jóvenes, y me auxilio del comentario del P. Sergio Córdova para decirles:

Joven: ¡el Evangelio del día de hoy es especialmente PARA TI! Fíjate bien: " Al ver Jesús a las personas, nos dice san Mateo, se compadecía de ellas, porque andaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Si la persona del Papa nos atrae tanto, ¡imagínate cómo sería nuestro Señor Jesucristo! Toda su personalidad era fascinante y cautivadora. Su palabra y su talante seducían a multitudes enteras. " Le seguían grandes muchedumbres de Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén y de Judea, y del otro lado del Jordán" -nos cuenta el evangelista- " y mucha gente, oyendo lo que hacía, acudía a Él" (Mt 4,25; Mc 3,8). Él era de un corazón infinito, generoso, delicado, fuerte, noble, ¡todo lo que tú puedas soñar y pensar de un corazón humano!

Él era verdadero Hombre. Y, además, verdadero Dios. Su amor y su amistad no tienen medida, ni conocen límites ni fronteras. Él es el único que nos ama como somos, a pesar de nuestras limitaciones y caídas, y su amor es fuerte, incondicional, dulce y total. Él es fiel. Nunca nos engaña ni nos puede fallar.

Jesús se compadecía de las multitudes. El verbo griego del texto original -el que emplea aquí el evangelista, significa literalmente que "se le conmovían sus entrañas". Es un sentimiento profundamente humano, de una exquisita ternura paternal o maternal, como nos recuerda el profeta Oseas en aquellas palabras llenas de emoción, que nos hablan del amor de Dios a su pueblo: Cuando Israel era niño yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo… Yo enseñé a andar a Efraím, lo levantaba en brazos, pero no reconoció mis desvelos por curarle. Lo atraía con ligaduras humanas, con lazos de amor. Fui para ellos como quien alza a una criatura contra su mejilla, y me bajaba hasta ella para darle de comer… Se me conmueven mis entrañas y mi corazón dentro de mí…" (Os 11, 1-8). Éste es el amor de Dios a sus elegidos, el amor que Cristo nos tiene a cada uno de nosotros.

Anuncios

INFORMA SOBRE ESTE ANUNCIO

Pero el de Cristo no es un sentimiento estéril, sino un compromiso eficaz y operante. El fruto inmediato de esa compasión que siente hacia las multitudes; es la elección de sus Apóstoles. La mies es abundante, les dice, pero los trabajadores son pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande trabajadores a su mies. Y

a continuación aparecen los nombres de los elegidos: los doce Apóstoles, y los envía, haciéndolos partícipes de su propia misión.

¿Y no has pensado tú, querido amigo o amiga, que tal vez tu nombre podría estar también incluido entre éstos? ¿No has sentido alguna vez en tu interior la llamada dulce y serena del Señor, que te invita a seguirlo y a ir detrás de Él? ¿No te estará diciendo que Él te quiere como amigo predilecto, como sacerdote, como religioso o religiosa, como misionero? O sin duda te llama a una vocación laical de mayor entrega a Él y al apostolado. Dios ama a los jóvenes con un amor especialísimo, como se ama la vida, la pureza, la fuerza y la plenitud; y el reto que Él nos presenta es para almas grandes, para corazones nobles, para espíritus magnánimos y generosos como el tuyo.

No tengas miedo a decirle que sí, como Pedro, Santiago, Juan o el resto de los Doce. Si Él nos da la carga, también nos da las fuerzas para llevarla adelante. Así nos lo atestigua el mismo Evangelio de hoy: Cristo da a sus Apóstoles el poder que necesitan para cumplir la misión que les encomienda. Y, además, Él está a nuestro lado, siempre nos acompaña en nuestro camino.

Así, pues, si sientes alguna voz dentro de ti o piensas que Cristo te puede estar llamando a seguirlo, sé valiente y generoso. Y si quisieras algún consejo u orientación vocacional, puedes con tu párroco, tu director espiritual o directamente conmigo. ¡Ánimo, el seguimiento a Jesús en el sacerdocio y la vida consagrada, como dice Calviño, Vale la pena!

Que María de la Caridad, ponga a Jesús en nuestro corazón.